

El último

Nuria Cavallé Pérez

Tenía la mejor habitación del Hospital. “Por ser usted, Profesor. Para que pronto se ponga bueno y nos siga dando conferencias”. Desde su ventana veía la antigua muralla y la Puerta de Almodóvar. Esa que, cada día, con una puntualidad casi matemática, había atravesado desde hacía más de cuarenta años para ocupar su cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras.

Hacía ya varias semanas que solo podía recrearse en su paseo diario con la imaginación. Y, últimamente, ni siquiera eso. El día y la noche se confundían en un continuo sopor, del que solo despertaba, y no del todo, cuando una enfermera, su mujer o alguno de sus hijos se acercaba a preguntarle cómo se encontraba. “¿Estás bien, papá? ¿Necesitas algo?” Estaba bien. Los fármacos paliativos cumplían adecuadamente su función. Pero se estaban llevando consigo su pasado, y, desde que le habían aumentado las dosis, también el presente. Su vida le resultaba extrañamente ajena desde que aquel doctor, con semblante serio, le anunciara, eufemísticamente, que tenía una pequeña mancha en el pulmón. Sentía que vivía la vida de otro. “Es como si esto no me estuviera pasando a mí”, repetía, cuando le alababan su entereza al afrontar la enfermedad.

Llamaron suavemente a la puerta y escuchó una voz que, repentinamente, le sustrajo de su duermevela. “Buenas tardes, Profesor”. Amalia. Era Amalia. “Perdone que no me levante”, le dijo, con una pequeña mueca que pretendía ser la emocionada sonrisa que sus músculos ya no tenían fuerza para producir. “No se preocupe. ¿Cómo está?”. Un torbellino de emociones les invadió a los dos. Él pensó que Amalia no se percataría de su rubor, o que, si lo hacía, lo achacaría a un proceso febril más o menos evidente; ella, que encontró al Profesor algo alborozado, justificó su turbación por el sofocante calor que hacía en la habitación.

El profesor Lapesa recordó, con la lucidez que había perdido en los últimos tiempos, el día que Amalia se presentó en el Departamento de Literatura del Siglo de Oro como nueva Profesora Adjunta. Pensó que tenía un currículum brillante para lo joven que era. No era guapa ni fea, alta ni baja, rubia ni morena. Pero su aspecto era tan delicado, tan proporcionado, tan equilibrado, tan dulce, que el Profesor no pudo evitar sonrojarse. “A mi edad”, se reprochó.

Amalia recordó, como si hubiera sido ayer, el día que llegó en comisión de servicios desde la Universidad de Málaga y se presentó en el Departamento. “El Profesor Lapesa”, le habían dicho. Por supuesto. Enrique Lapesa. Era una eminencia. Pocos habían estudiado el teatro áureo con la profundidad que él lo había hecho. Siempre lo imaginó más alto, más corpulento. Pero su aspecto, menos imponente en la realidad que en su imaginación, le resultó endiabladamente irresistible. “Podría ser mi padre”, se reprochó.

Nadie conocía la obra de Góngora como ella. Explicaba el culteranismo, las metáforas y los hipérbatos con un apasionado sentimiento solo atemperado por la medida y el pausado tono de su voz. Sus estudiantes vibraron con la hermosura de la oscuridad, que las explicaciones de Amalia transformaban en cristalina belleza, de los versos del genio cordobés. La vocación docente le corría por las venas.

Nadie amaba el teatro de Calderón con la pasión que lo hacía él. Se exaltaba en su discurso, embriagado por la emoción del espectáculo total, las tramoyas, los conflictos internos de los personajes y sus trágicos destinos. Consiguió, cada curso, hacer sentir a sus alumnos que el teatro era una forma de vida, de amar la vida. Vivía por y para la enseñanza.

Pensó, sonriendo, que Amalia era tan delicada en sus ademanes como firme en sus ideales. Ningún profesor creía en los alumnos como lo hacía ella. Tenía una sincera fe en la juventud, esa que otros denostaban. “Serán el motor de un mundo mejor”, decía, convencida y confiada. Defendía, con una siempre controlada

vehemencia, la investigación, la educación pública, la igualdad de oportunidades, el conocimiento, el arte y la cultura.

Sonrió pensando que, aunque nunca dejaron de llamarse de usted, siempre se sintió protegida y respaldada por él. Sus planteamientos, tan profundamente conservadores, distaban mucho de los suyos. Pero siempre la llevaban a la reflexión. Admiraba sus conocimientos, su exquisita educación, su inabarcable cultura, su envolvente discurso. Pero por encima de todo adoraba su conversación y su encantadora forma de hacerla reír.

Recordó, con un intenso dolor, el día que se dio cuenta de que ya no quería a su mujer. Llevaban toda la vida juntos. Quizás ya se habían contado todo. Quizás se conocían tan bien que ya no les hacía falta hablar para adivinarse. Quizás ese silencio les había convertido en completos desconocidos.

No podía evitar pensar, con enorme angustia, que ya no reconocía a su marido. Sus desencuentros eran tan amargos, sus puntos de vista tan atrozmente discordantes, las discusiones tan rutinarias, los gritos tan frecuentes, que dejó de verse reflejada en él.

Aunque hacía años que no se preocupaba por su aspecto, un día se descubrió a sí mismo en la sección de perfumes masculinos de unos grandes almacenes, sopesando qué fragancia iría mejor con su nuevo atuendo, que siempre había sido clásico, y que ahora lucía renovadamente desenfadado. El Profesor volvió al gimnasio.

Aunque jamás había descuidado su imagen, desde aquella mañana Amalia perfiló con más cuidado el contorno de sus labios. Y volvió a hacer deporte.

Pero Amalia estaba casada.

El profesor Lapesa también.

Y sin embargo se amaban. Tanto, que siempre se respetaron lo suficiente como para no dar un paso más. Se preguntaban, con un pellizco en el alma, por la familia, por los hijos, por el fin de semana, por las vacaciones. Se trataban con una cordialidad distante que para ninguno de los dos era suficiente. Pero la admiración que se profesaban era tan intensa, tan sincera, tan gongorinamente platónica, tan calderonianamente ilegítima, que ninguno concebía la universidad sin el otro. Se buscaban en los cambios de clase, se consultaban sus programas didácticos, se apoyaban en las reuniones de Departamento, se ayudaban en la búsqueda de fuentes, de antecedentes, de bibliografía. Compartían estudios, investigaciones, publicaciones, ponencias, seminarios. Buscaban juntos textos, actividades y recursos para sus alumnos. Hubieran compartido todo. Añoraban vivirse.

La frescura, la juventud, el espíritu optimista y luchador de Amalia habían devuelto al Profesor las ganas de vivir. Habían resucitado en él sentimientos que ya no recordaba, que quizás nunca había conocido. La experiencia, la madurez, la moderación y la seguridad del Profesor enamoraron locamente a Amalia. Y ambos estaban seguros de que la vida juntos sería mucho más feliz. Pero jamás se lo contaron. Quizás fue de lo único que nunca se atrevieron a hablar.

“Amalia... aquel ángel fieramente humano”, susurró el Profesor, en un hilo de voz, cuando Amalia salía de la habitación. “Los sueños... sueños son, Profesor”, le contestó ella, cerrando la puerta tras de sí.

Amalia se apoyó en la puerta, con el alma desgarrada. El Profesor, en sus últimos momentos de lucidez, pensó cuántas veces se hablaba del primer amor en la universidad. Y que nunca se hablaba del último.

Nadie lloró tan amargamente la muerte del Profesor como lo hizo Amalia.